

VIAS DE PENETRACION AL VALLE DE LAS PAPAS

Por: HERMANO TOMAS ALFREDO

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 111, Volumen 31
1977*

Tres caminos llevan al Valle de las Papas. Uno de ellos, conocido desde tiempo inmemorial con el nombre de "Camino nacional de las Papas", parte de San Agustín, Huila, a través de la hoya del Alto Magdalena, aguas arriba, hasta su nacimiento en el Páramo de las Papas, de donde desciende a aquel valle, en el departamento del Cauca.

De Popayán arranca un segundo camino con dirección sur, enlazando los pueblos de Paispamba, hasta donde se llega por carretera, y de aquí por camino de herradura a través de las localidades de Chapa, Rioblanco y Guachicono, cruza el Páramo de Barbillas en toda su extensión y desciende a El Porvenir, ya dentro del valle, en donde se bifurca, uno de cuyos ramales va a unirse con el camino nacional, ya nombrado, en el sitio de Loyola; el otro va directamente al caserío de Valencia.

También de Popayán, pasando por Bolívar, se llega sobre ruedas hasta San Sebastián, municipio a solo tres horas a caballo de Valencia, corregimiento de esta última localidad, se transmonta La Relumbrosa, cordón montañoso eje de la Cordillera Central que se interpone entre aquellos dos poblados¹.

Nos ha sido grato recorrer las tres vías según lo exigía nuestro decidido empeño de estudiar el macizo andino. Para el turista que desea satisfacer sus anhelos de admirar nuevos y variados paisajes, hallará en cada uno de estos caminos cumplida recompensa. Son de fácil tránsito en tiempo de verano, que tiene lugar en los primeros meses del año. Se nos ocurre sea de interés esbozar la primera vía, por cuanto por ella hicimos nuestra primera entrada al Valle de las Papas por el año de 1946, recorrido que repetimos dos veces más, en 1947 y 1964, con renovadas emociones.

De San Agustín, población que mora al sur del Huila, de clima agradable, a los 1.710 metros sobre el mar, asiento de una cultura prehistórica que se manifiesta en numerosos y variados monumentos monolíticos, hoy ampliamente conocidos, puede irse por carretera hasta Pradera, fracción o vereda

¹ A estas tres vías se suma al presente la reciente carretera que se desprende de la Panamericana en el municipio de Rosas y que llega al Valle de las Papas, luego de cruzar los pueblos de La Sierra, Arbela, San Miguel, Altamira, La Vega y Pancitará, vía que recorrimos en enero de 1977 en compañía de destacados miembros de la Fundación DEL MACIZO y de INDERENA con sede en Popayán, con el propósito de fijar nuevos linderos al "Parque Natural de Puracé" en los páramos del sur del gran nudo andino.

de la cabecera, en un recorrido de 14 kilómetros. A pie o sobre buena cabalgadura se continúa el viaje².

Del alto denominado Culatas, en Pradera, con altura de 1.810 metros sobre el mar³ se desciende por frágil camino de menuda piedra suelta hasta las márgenes del río Mulales; el altímetro marcó 1.640 metros. El río es uno de los afluentes de consideración que rinde su tributo al Magdalena en la región por la banda derecha y se origina en las estribaciones de la Cordillera Oriental. Se cruza el río por puente de madera con techo de zinc; mide 27 metros de largo y se halla a unos cien metros de la confluencia de los dos ríos. Son de admirar en este sitio las altas peñas cortadas a pico que constriñen el Mulales en este sector por la ribera derecha en longitud apreciable, cubiertas con variada vegetación arbustiva.

Pasado el puente asciende el camino en busca de la meseta de La Palma (1.920 m.), de limitada extensión, en cuyo extremo suroccidental se levanta el poblado de Villa Fátima, que es Inspección de Policía, con relativo buen número de edificaciones de aspecto agradable; la calle principal del lugar es parte obligada del camino. Por hondonada profunda desciende la quebrada de La Perdiz afluente del Mulales, quiebre que recorta la angosta meseta por el noreste.

La última casa del caserío señala el descenso a la Vega de Platanales que colinda con la margen derecha del Magdalena, angosta faja de tierra, rica en cultivos propios de las tierras templadas. Cruza el camino varios arroyos y quebradas de cristalinas aguas, tales las quebradas del Playón, con excelente puente de madera sobre estribos de concreto, Negra y Robada, estas dos últimas en el Playón de Quinchana (1.740 m.). En este sector y a ambos lados del camino se ven casas de excelente construcción con aspecto acogedor, en medio de cultivos de diversa índole. Entre las dos últimas quebradas y sobre el repecho intermedio que las separa, aparece el cementerio del vecindario con numerosas tumbas, en muchas de las cuales se yergue una pequeña columna de cal y canto, en cuyo tope se destaca el signo redentor en hierro forjado. A unos dos kilómetros del cementerio se llega a la Vega de Quinchana, poblado en formación, cuya casa principal de dos plantas, con sala grande en el piso bajo, sirvió de depósito para almacenar los productos de la región con miras a su distribución a otros mercados. Alrededor de esta y sin que medie distancia apreciable, se agrupan otras edificaciones. Cerca corre la quebrada o río de Quinchana (1.820 m.), que se cruzaba hasta no hace muchos años por excelente puente, cubierto con teja de barro cocido, asentado sobre recios estribos de piedra, puente que desapareció por abundante creciente de la quebrada, cuyas aguas alcanzaron a labrar ambas orillas dejando amplio cauce que al presente se cruza por puente colgante de sencilla factura para uso exclusivo de peatones. A corta distancia del lugar, la quebrada une sus aguas con las del Magdalena⁴.

Pasada la quebrada se empina el camino hasta alcanzar el Alto de Quinchana (2.060 m.), sitio que contó con oficina telegráfica, la cual nos sirvió para enviar a Bogotá un mensaje en nuestro primer viaje, julio de 1946, oficina trasladada hoy a Villa Fátima, con perjuicio del sector que lucha por su restablecimiento. En el lugar hay amplio local para escuela y hallado del camino excelente posada. Continúa ascendiendo el camino hasta alcanzar el Alto del Crucero (2.300 m.), apropiado mirador desde donde se contempla amplio panorama que se esfuma en la lejanía más allá de San Agustín. También en esta cuesta halla el viajero frescas aguas en cristalinos arroyos que

² La tercera vez que realizamos el recorrido lo hicimos a pie hasta el Valle de las Papas por considerarlo más descansado y a propósito para realizar observaciones, con levantamiento topográfico y notas de viaje.

³ No es un cerro. El apelativo de "alto" se justifica porque al sitio se llega luego de atrevido ascenso a partir del río Mulales, si se realiza el recorrido en sentido inverso con dirección a San Agustín

⁴ El historiador y catedrático Carlos Ramón Repizo Cabrera dice que ya existe en el lugar excelente puente de madera,

descienden de las alturas del contrafuerte que sigue el camino labrado en sus flancos. En este alto se origina el descenso por el lado opuesto del contrafuerte de ascenso hasta alcanzar a corta distancia del anterior el Alto del Canelo (2.290 m.), que señala el comienzo de una pendiente brusca por accidentado piso pedregoso, que concluye en la margen derecha del Magdalena, en el sitio de Barandillas (2.000 m.) profunda garganta que ha labrado el río a través de rocas que cobijan largo trecho a ambos lados del río. Quizá a causa de estas no se intentó trazar el camino desde la Vega de Quinchana, siguiendo el Magdalena aguas arriba, hasta este sitio, derrotero descansado que de intentarlo remplazaría con ventaja el muy empinado que en ambos sentidos ofrece el actual.

En el puente de Barandillas se cruza por primera vez el Magdalena, que ya se presenta con caracteres de gran río por razón del abundante caudal de aguas que colman su profundo cauce en este sector que sólo dista algunas decenas de kilómetros de su nacimiento. El puente, de quince metros de largo, es de excelente construcción, trabajado en madera aserrada y con techo de zinc. No lejos de este, aguas abajo, recibe el Magdalena el río Majuas que le cae por la banda izquierda; desciende de las faldas del encumbrado cerro Sucubún, vecino al volcán nevado de Sotará; baja por estrecho cauce, cuyas altas laderas se ven cubiertas de espeso bosque.

A corta distancia del puente, ya por la banda izquierda del río, se llega a Peñaseca, escarpado muro natural de gran altura, a cuyos pies y por entre numerosos cantos se desenvuelve el camino; aquí se inicia un ascenso en zig-zag que concluye en el Alto del Palo, el cual señala el comienzo de una larga, angosta e inclinada planada que se extiende sobre el tope del cordón montañoso que separa las cuencas del Magdalena y del Majuas, conocida con el nombre de Planada de los Monos, cuyo final es el abra del mismo nombre, asiento de una casa que suele ser posada. Desde esta abra hasta San Antonio, lugar no muy distante, la selva ha cedido al empuje creador de quienes la domeñaron para establecer fundos que hoy rinden Óptimos frutos en pastos de excelente calidad, base de una incipiente industria lechera con perspectivas de buenos rendimientos para sus dueños.

La jornada que iniciamos en San Agustín con la aurora, termina al caer de la tarde en Las Piedritas (2.380 m.), posada intermedia entre Los Monos, de que hicimos mención, y San Antonio. La posada se halla sobre un montículo, con vista que abarca gran radio de terreno, desde donde se divisa, mirando al occidente, la estrecha garganta por donde penetra el camino al Páramo de las Papas, y que por su configuración bautizamos con el nombre de Ventanas. En el lomo montañoso que por sur va encausando las aguas del Magdalena por la margen derecha, se admira La Ruidosa, alta cascada que se desprende de escarpada peña rodeada por selva aún virgen, cuyo verde oscuro contrasta con la albura de aquella, ornato de la cordillera.

Con el clarear del nuevo día se prosigue la marcha. Tan pronto como se deja la posada de Las Piedritas se inicia un descenso, a trechos sombreado por una mancha de bosque, hasta tocar con la quebrada San Antonio, que cruza la región del mismo nombre. En el límite extremo de esta parte, hacia el occidente, último lugar habitado -hay allí tres casas⁵ - se cruza el río Ovejeras por el puente Laureano Gómez según reza la inscripción que en letras grandes de elegante factura se lee a la entrada del puente en la viga frontera que sostiene la techumbre. El sitio se conoce más comúnmente con el nombre de Las Juntas por tener allí lugar la unión del Ovejeras con el Magdalena, a escasos metros abajo del puente; ambos ríos aparentan tener el mismo caudal. Pasado el puente nuevamente se empuja el camino en seguimiento de una lengua de tierra que separa las cuencas de ambos ríos, los cuales pueden apreciarse alternativamente en el angosto lomo que da paso al sendero y que por desmoronamiento causado por el trabajo de las aguas

⁵ La casa que nos sirvió de posada en nuestros dos primeros viajes, años de 1946 y 47, ya no existe, Al morir su dueño don Arsenio paz fue abandonada; unas cuantas piedras dispersas allí dan testimonio de la casa que nos brindó grata acogida.

de ambas corrientes, este tiende a desaparecer, permitiendo la conjunción de aquellas a un kilómetro arriba de la actual unión de los dos ríos.



VENTANAS - Entrada al Páramo de Las Papas en el camino de San Agustín a este Páramo y al valle del mismo nombre.

Por demás pintoresco continúa el camino, siempre en ascenso, bajo arbolado que invita al reposo y que brinda apacible sombra al viajero, cobertura que lo acompaña hasta Santa Marta, región ya relativamente plana, en donde la vía se prolonga en descansadas rectas, alivio de caminantes. En Peña-chiquita (2.550 m.), enorme piedra desprendida quizá de la alta cordillera que a espaldas de aquella se admira, toda ella cubierta de selva. En años pasados y quizá todavía, ella sirvió de refugio a muchas gentes que por una u otra causa se vieron obligadas a pernoctar, merced al voladizo que ofrece protección, más el aliciente del cristalino arroyo que por allí pasa en busca del Magdalena que se desliza a contados metros de distancia, elemento indispensable para preparar el deleitable tinto y el caldo reparador.

A diez minutos de este sitio se cruza por segunda vez el Magdalena en el puente de Santa Marta (2.560 m.), con trece metros de largo y techo de zinc, de madera aserrada como los dos anteriores y de factura semejante, que da a entender ser uno mismo el ingeniero constructor, así como el interés de una autoridad comprometida en dotar a aquellos apartados lugares con obras de reconocida eficiencia en beneficio de la comunidad. También aquí el río ofrece buen caudal de aguas no obstante hallarse a contados kilómetros de su nacimiento, debido a las muchas quebradas que por ambas orillas recibe, casi desde su origen hasta esta parte de su curso. Continúa el camino descansado, empinándose a intervalos, casi en línea recta hasta topar con la quebrada Cuchiguaco (2.680 m.), de aguas oscuras y abundantes, que se cruza por puente de maderos con piso de tierra. Creemos con suficiente certeza ser esta quebrada el desagüe natural de la laguna Providencia y de otras más que se recatan en la cuenca que tiene por marco los altos farallones de Cusiyaco.

Pasada la quebrada comienza, a poco andar, un ascenso empinado, en donde se advierte un empedrado, resbaladizo por la humedad que le comunican pequeños arroyos no canalizados. Al cabo de media hora de duro esfuerzo en esta parte de la vía, se llega a Peñarisca, ya por los 2.790 metros sobre el nivel del mar, alto acantilado con voladizo hacia el angosto sendero, defensa del transeúnte que lo protege de la fina lluvia que se descuelga de continuo de la altura. A través del sutil velo que así se forma, quiebra el sol sus rayos, formándose iris de variados colores que

realza la belleza natural del lugar, a cuyos pies corre el Magdalena con furia de encrespadas aguas que vienen desde la parte alta del cañón que le sirve de cauce, precipitándose con desmedido empuje y golpeando de continuo contra los enormes cantos que se interponen a su paso con ensordecedor trueno, cuyos ecos repiten las encumbradas peñas y serranías que lo aprisionan.

Continúa ascendiendo el camino, a trechos casi a nivel, hasta alcanzar la quebrada Santa María (2.930 m.), que de repente se presenta al viajero en una revuelta del camino, con el atractivo de un torrente que desciende en cascadas sucesivas de impresionante belleza. Son de admirar las muy vistosas que desde cierto punto del camino pueden apreciarse al caer la quebrada por el tajo vertical de una roca tendida a manera de alargada muralla en medio de una topografía por demás accidentada, en que las curvas de nivel se unen hasta confundirse y aun sobrepasan las superiores sobre las inferiores. Dada la configuración del terreno, que exploramos días después hacia la parte alta de la cordillera, suponemos con fundamento tenga dicha quebrada su origen muy cerca de la bella laguna de San Patricio. El alivio que se disfruta en este sitio por lo descansado del camino y la fresca del agua de esta cristalina corriente, son acicate para el viajero que precisa de nuevos bríos para proseguir adelante en el empeño por coronar el ya cercano páramo, pues a poco la ruta vuelve a empinarse en ascenso constante, a trechos empedrado, hasta alcanzar minutos más tarde el sitio denominado Estantillos, lugar más abierto que permite apreciar hacia la orilla opuesta del Magdalena una vaguada que viene del norte, por la que desciende una quebrada que dibuja en el fondo de un embrujado rincón andino una caída de agua de gran altura, enmarcada por arrogantes escarpas. Al arroyo que la forma dimos el nombre de quebrada Ventanas en atención al abra que le permite abandonar el angosto valle de altura para salir desahogadamente en busca del Magdalena, ventana en un todo semejante a aquella por donde penetra el camino al páramo, no muy distantes una de otra.

En Estantillos se halla la quebrada Bardas (3.110 m.), de relativo caudal que se cruza por corto puente. No lejos de esta corre la quebrada Lamedulce (3.120 m.), en donde, según es tradición, aprovechaban los arrieros para acompañar con unos sorbos de agua el trozo de panel a que compartían con las bestias de carga duramente castigadas en el ascenso de esta larga y empinada cuesta que se inicia en el puente de Santa Marta. También nosotros practicamos el rito a satisfacción. Se cruza la quebrada por puente de contados metros que se apoya en estribos formados por piedras de acarreo convenientemente dispuestas sin que se advierta mortero de unión entre ellas. Aguas arriba de esta quebrada y a corta distancia del puente, se aprecia la unión de esta con un afluente proporcionalmente mayor en caudal, al que presenta la quebrada Lamedulce; suponemos sea el desagüe de la laguna de San Patricio. La quebrada Lamedulce tiene su origen en la laguna de Santiago.

Por empedrado de excelente hechura como los anteriores y que aquí se prolonga por cerca de medio kilómetro empedrados que nuestro acompañante don Mario Anaconda denomina "cintas" en su lenguaje típicamente huilense- continúa el ascenso al páramo hasta topar con el "camino viejo" que se alarga por sobre contrafuertes desgajados de Peña Alta, encumbrada eminencia vecina a la laguna de Santiago⁶. En uno de estos contrafuertes por donde continúa el camino viejo, se hallan las famosas piedras con signos allí grabados, que dieron pie para rebautizar el Páramo de las Papas con el calificativo de El Letrero, nombre este de más reciente data, que en manera alguna cuenta con suficiente título para arrebatarse a aquel páramo su denominación de Las Papas.

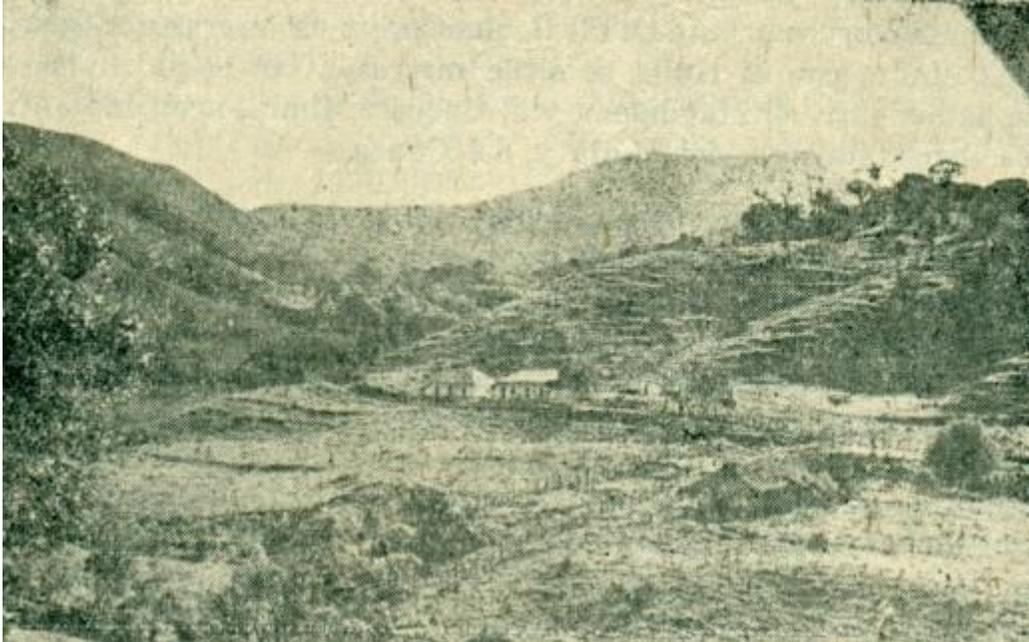
En el punto de bifurcación que dijimos de los caminos, el actual cambia marcadamente de rumbo. Al cabo de corto tiempo y por sendero .de fácil recorrido, se llega como de repente a un frailejónal,

⁶ Al presente, enero de 1977, se halla nuevamente en servicio el camino viejo por descuido notable en el mantenimiento de la variante, vía más corta y expedita construida por los años veinte de este siglo, alternativa feliz que reemplazó con ventaja aquel accidentado trazado del "Camino Nacional de las Papas" en este sector del páramo.

indicio claro del ansiado páramo. Desde este sitio prosigue la ruta por travesías que ascienden suavemente en busca de la planicie, asiento de la laguna de la Magdalena, con altitud de 3.350 metros sobre el mar. La vía se prolonga a través del relativamente reducido altiplano, parte notable del Páramo de las Papas, en una recta de kilómetro y medio y a unos trescientos metros de la laguna, origen de "nuestro padre río", para descender bruscamente en El Boquerón, ya en tierras del Cauca, cuyo límite con el Huila se sitúa metros atrás en la divisoria de aguas entre el Magdalena y el Caquetá, límite arcifinio entre los departamentos del Huila y del Cauca.

Sigue el camino por la cuenca de la quebrada del Mandur cruzándola varias veces. A poco más de un kilómetro de El Boquerón vuelve a unirse al camino nacional el "antiguo o camino viejo". En continuo descenso prosigue la vía, pasa por la vereda de Santo Domingo (3.190 m.), lugar con acogedora posada. Más abajo se cruza por primera vez el Caquetá, ya con humos de río, en el sitio de Loyola, apellido del primitivo que, según se afirma, sentó allí su planta descujando selva. A la vera del camino y en este mismo sitio, se levanta excelente casa en cuya blanca pared se lee "Propiedad payanés, Cauca". En esta casa fuimos objeto en alguna ocasión, de delicadas atenciones de su dueño, en días de largo peregrinar por estos parajes de grato recuerdo.

Cerca del lugar, a unos doscientos metros, se cruza la quebrada Loyola; su origen se halla en los flancos de Peñas Blancas (3.700 m.), encumbrado cerro que señorea el páramo del mismo nombre, vecino al de Las Papas, desde cuya altura pudimos admirar extenso panorama. Luego de unas travesías, con ligeras subidas y bajadas, se llega a un altozano de suaves contornos, estupendo mirador que invita a un mismo tiempo al descanso y a la contemplación de buena parte del valle; desde aquí continúa el camino en prolongadas rectas hasta tocar en el pequeño poblado de Valencia, entrada ya la tarde. El caserío se halla casi en el centro de aquel rico y pintoresco valle, meta final de nuestro viaje.



VALLE DE LAS PAPAS. - El bello rincón de Loyola, también conocido con el nombre de La Hoyola. Tras la mole de Peñas Blancas y la cuchilla que de aquella se desprende hacia la izquierda, nace y a sus primeros pasos el Caquetá, cuya cuenca se aprecia en primero y segundo planos bajo matorrales.

